
Troumatismo y libertad

Rubén Quepfert

Comenzaremos por una triple afirmación:

No hay goce del Otro, no hay Otro del Otro, no hay relación sexual.

Estos tres “*no hay*”, estas tres inexistencias, no es algo dado, no resulta algo del orden de la evidencia; sino de una conquista que se capta por vía de la iluminación; aunque también se menciona en el libro la elucidación y la interpretación, es la iluminación la que resulta privilegiada.

1

Pero para llegar a afirmar esta inexistencia tomemos en cuenta que Lacan primeramente, partió de la afirmación de la existencia del Otro.

El Otro tuvo un lugar preponderante en Lacan, un lugar correlativo al sujeto, ya que lo configura. Así el Otro fue considerado como tesoro de los significantes, como lugar de la palabra y finalmente como el Otro sexo. Podemos ver así que el Otro es decisivo en la constitución del sujeto, que desde el vamos estaría marcado por esa figura de la alteridad.

Y esa operación que ligaría el sujeto al Otro, Lacan la denomina alienación.

Alienación en el Otro, del cual el sujeto deberá en cierto momento separarse, al percibir que algo le falta, respondiendo así con su propia falta, con su propia pérdida, con el fantasma de su propia muerte dirá Lacan, en *Los fundamentos del psicoanálisis*.

Entonces Lacan, antes de dejar caer al Otro, antes de barrarlo como inexistente, tuvo que partir de la afirmación de su existencia, tuvo que otorgarle cierta consistencia al cumplir éste una función fundamental tanto para el sujeto, como para la cultura.

¿Pero quién ocuparía ese lugar del Otro en nuestra cultura, el lugar de la existencia del Otro en tanto garante último de la palabra?

Sería Dios en la cultura de occidente quien ocuparía ese lugar, siendo éste una de las formas paradigmáticas que adquiere el Otro.

En su libro *Una mujer sin más allá* dice Allouch que, hace más de un siglo, después de que Nietzsche declarara la muerte de Dios, éste aún sigue existiendo en tanto fantasma, colonizando el lugar del Otro¹.

Y Lacan afirma así que Dios, (es) “una realización particularmente pregnante del más allá”, (es) el “*Otro del Otro*”.²

¿Pero por qué habría que ubicar a Dios u otra figura del más allá, (como por ejemplo, un gran relato o una utopía), en ese lugar donde habría un agujero, es decir, obturando así el acceso a dicha inexistencia?

¿Qué papel viene a cumplir ese Otro en la subjetividad y en la erótica de los sujetos?

2

Dios en tanto Otro vendría a configurar la erótica de aquellos que lo han elegido, lo sepan o no, afirma Allouch, generándole así un impedimento a los cuerpos y a sus maneras de gozar. Bloquea así el movimiento del sujeto que “avanza hacia su goce”.³

Leemos aquí que el goce del Otro, vendría a perturbar la erótica de los sujetos.

Para el sujeto entonces, se hace necesario sostener la existencia del Otro, ya que éste cumpliría una función fundamental desde su constitución misma, ya que el sujeto parte como dijimos, desde esa alteridad. Por lo tanto no sería nada sencillo llegar a afirmar su inexistencia.

De esta manera, “la sexualidad [dirá Lacan], tal como es vivida, tal como actúa es [...] un **defenderse de darle cabida a esta verdad: que no hay Otro**”.⁴

¹ Jean Allouch, *Una mujer sin más allá*, Bs. As., El cuenco de plata, 2015.

² Ídem.

³ Ídem.

⁴ Jacques Lacan, *La lógica del fantasma*, 1966-67, Traducción Ricardo E. Rodríguez Ponte, <https://www.lacanterafreudiana.com.ar>

La sexualidad entonces, tal como es vivida sería un defenderse de caer en la cuenta de esa inexistencia. Y subjetivar esa falta sería más bien una experiencia singular, algo excepcional, que sucedería eventualmente en la vida de alguien.

Por tanto el Otro, puede que siga siendo el sitio de donde Dios, aún no ha hecho su salida. Siendo Dios como dijimos, una de las figuras del Otro, en tanto garante último.

Despojarse de la seguridad que brindaría el garante último, el Otro del Otro, es algo de lo cual el sujeto se defiende, porque su ausencia, podría resultarle intolerable.

Pero como Dios aún no ha hecho su salida, como hay un defenderse de reconocer su inexistencia, recientemente hubo en España una manifestación donde un grupo de mujeres llevaba una pancarta que decía: “saquen sus rosarios de nuestros ovarios”.⁵

¿Sería éste un movimiento de sublevación ante el Otro, un levantamiento colectivo en oposición al discurso religioso, discurso del amo, basado en la fe como certeza?

Este episodio nos constata que Dios aún hoy estaría ocupando el lugar del Otrosexo. Tapando su agujero. Gozando allí, metido dentro de la sexualidad.

3

Lo podemos ver también, en la figura de la almendra o la mandorla, esa representación pictórica de inspiración cristiana que remeda la forma del genital femenino, donde allí en su interior, figura alojada la imagen de Cristo o de la Trinidad.

Esta imagen religiosa muestra así, la manera en que la sexualidad está colonizada por el Otro.

Pero ese Gran Otro no estaría representado sólo por imágenes sino también por los discursos. Y es ante el discurso omnipotente del amo, que se levantan en un acto de resistencia y rebeldía, estos movimientos feministas, reivindicando una sexualidad libre, despojada de mandatos hegemónicos.

No parece tan fácil decir entonces que el Otro no existe. Ya que hay posiciones subjetivas que lo sostienen, para no enfrentarse a la verdad de su agujero.

⁵ J. Allouch, op. cit.

Porque enfrentarse a esa verdad, consistiría nada más y nada menos, que el reconocimiento de la finitud, de caer en la cuenta de que no hay más allá. Por eso hay quienes que “a fin de no morir”, nos dice Allouch, eligen no vivir, “no hacer su agujero”. Y tener así una vida sin intensidad y sin riesgos.⁶

¿Pero cómo se accedería entonces a captar esa verdad de esas tres inexistencias, que son una y tres al mismo tiempo?

Según Allouch, el acceso a la inexistencia del Otro se lograría eventualmente por dos vías posibles:

A través de la especificidad de atravesar una experiencia de análisis, o por la vía de un acontecimiento que impacte de manera transformadora en la vida de un sujeto.

En este sentido afirma que el análisis debería emprenderse como una aventura abierta, singular y sin finalidad predeterminada, y, sin embargo, tener que vérselas con un mismo real, con tres maneras confluentes de inexistencia: la de la relación sexual, la del goce del Otro, y la de ausencia del Otro del Otro.

4

Esa “comprensión” como la nombra Allouch, no se daría a través del registro simbólico. Sino que a esas tres maneras de conquistar ese saber se accede por la vía de un instante de iluminación, un relámpago, que trae consigo una revelación: el agujero del Otro. Un verdadero agujero que Lacan ubica en el nudo borromeo, en el sitio donde se ubicaba el goce del Otro, en la playa de intersección entre el real y el imaginario.

En esta comprensión por iluminación, el sentido nunca se cerraría en un bucle, como sí sucedería a nivel del significante. Sino que sería la iluminación en cambio, un régimen del signo, donde el sentido huye, se libera. Como en la escena de un sueño, las iluminaciones serían visiones que se escapan, se disuelven, pero dada su irrupción, producen un impacto, el efecto de un corte, que marca un antes y un después, al modo de un acontecimiento.

Así la sucesión de las iluminaciones, la serie de visiones, se van evaporando, diluyendo, hasta llegar a un punto oscuro donde desaparecen, un punto de corte, donde el sentido se

⁶ J. Allouch, *No hay relación heterosexual*, México, Epeele, 2017.

escabulle y se pierde con ellas, como en un corte de luz que ya no deja ver nada más, nada “más allá”, que la más absoluta oscuridad. Esa comprensión se daría entonces en un momento efímero, como un relámpago que ilumina para hacer aparecer una verdad y luego apagarse en un instante. Ese punto de corte de la iluminación, provocaría una conmoción al punto tal, de desequilibrar al sujeto y transformarlo.

Entonces la conquista de esa verdad, por iluminación, al decir de Allouch, sería un imaginario realizado y/o un real imaginarizado. Un efecto del choque, del chispazo entre el real y el imaginario.

La iluminación transformaría así súbitamente la percepción, en aparición. Sería una visión fantasmagórica.

En este punto nos sobreviene una pregunta: ¿el simbólico, quedaría forcluido entonces de la iluminación, se sostiene aun así la lógica borromeana al anudarse únicamente dos, de sus tres registros?

5

Decíamos que caer en la cuenta de ese saber por iluminación, que acontece de súbito, produce en el sujeto un efecto desestabilizador, un *troumatismo*, al decir de Lacan. Ya que *trou* en francés, significa agujero

Y en su seminario *Los no incautos yerran* (1974) nos dice: “*todos inventamos un truco para llenar el agujero (trou) en lo Real. Allí donde no hay relación sexual, eso produce troumatismo. Uno inventa. Uno inventa lo que puede*”⁷.

Y más adelante continúa diciendo, “*no hay nada que descubrir en lo Real ya que allí hay un agujero, (trou) para ver dónde está el agujero, es preciso ver el borde de lo Real*”⁸.

El lenguaje, gira en torno al agujero, y el agujero nos hace hablar, inventar.

Así se inventa la religión, el sentido, la relación sexual, la existencia del Otro, etc.

Es por ese agujero, por esa inexistencia del Otro que no existiría completud ni reciprocidad en la relación sexual. No hay proporción, no hay cómo escribir esa

⁷ J. Lacan, *Los no-incautos yerran*, 1973-74, Biblioteca J. Lacan,
<http://www.psicoanalisis.org/lacan/21/11.htm>

⁸ Ídem.

imposibilidad real de la no relación. No habría unificación con el Otro, sino un desfasaje, una real desproporción.

Aquí cobra sentido la afirmación “no hay relación heterosexual”. Es decir, no hay relación con el Otro, con el Alter.

Y en esa misma dirección dirá Lacan, que en la relación sexual falta el partenaire, que allí se trata de un partenaire faltante.

Porque si el Otro no existe y es el lugar de un agujero, ¿cómo podría haber relación con algo que no existe?

Pero el agujero del real como dijimos, nos hace inventar, así “uno inventa lo que puede”.

Y lo que le queda al sujeto sería relacionarse eventualmente con un resto, con el *objeto petit a* de la fantasía. Pero el partenaire aun así, nunca es alcanzado, así esa relación, o mejor dicho esa no-relación, quedaría igualmente como imposible, en falta. Y es esa imposibilidad, dirá Lacan, lo que se pone a prueba en el amor.

6

Aquí Allouch divide aguas y hace referencia a las dos analíticas del sexo, una sería en relación al *objeto a*, y la otra en relación al partenaire faltante, es decir, al Otro en tanto inexistente.

Y Allouch aquí inventa, e inventa lo que puede, propone así un objeto distinto al *petit a*, que encarnaría al Otro inexistente, en una no-relación sexual.

Y esos objetos son los personajes, objetos que ocupan el lugar del Otro, crean el agujero del Otro al encarnarlo, es decir, lo erotizan.

Entonces ese otro al que miramos a los ojos, al que amamos y con quien gozamos, sería al parecer un personaje, producto de una visión, como si fuera una alucinación.

¿Cómo diferenciar entonces la iluminación de la alucinación?

Al parecer, esos personajes imaginarios pero reales, productos de la iluminación tendrían el estatuto de fantasmagorías y no de fantasías.

En este punto dice George-Henri Melenotte, esos personajes que son visiones, son personas aparecientes que parecen disfrazadas. Son seres ficticios pero al mismo tiempo están efectivamente allí, hechos a la vez de la materia de la que estamos hechos, y de papel y de adornos ridículos. Allí donde la relación sexual hace falta los partenaires son tanto personajes como (el) teatro de (un) Otro inexistente. Así, “*las personas reales que se encuentran en la vida, son personajes que no existen y que sin embargo se encuentran en una escena en la que están efectivamente con su vestuario de teatro. [...] Detrás de sus sueños que aparecen encarnados, se anida una inexistencia*”.⁹

Notemos que es la inexistencia del Otro, o sea el real, lo que les da a esos personajes su alcance de verdad. Serían producidos por y productores a la vez de un agujero. Agujero que es revestido con ropajes imaginarios para ser investido, erotizado.

¿Pero si nuestro partenaire es similar a un personaje de los sueños, será que en la escena sexual soñamos despiertos? ¿Será que aún en vigilia nunca logramos despertar? ¿Será que al coger, lo hacemos con fantasmagorías?

7

Decíamos anteriormente que acceder a la inexistencia del Otro genera un efecto subjetivo desestabilizador, un *troumatismo*, pero que en lugar de traumrar al sujeto, le abre las puertas de acceso a cierta libertad.

Así Allouch dándole un giro al deseo, lo vincula con la libertad. Y formula al deseo como una sublevación, como un acto de levantamiento. El ejercicio de la libertad sería al parecer la *realización* en acto del deseo. El deseo se concibe aquí freudianamente, como una fuerza “inquebrantable”, que insiste, que no cesa.

Por otro lado, la libertad estaría vinculada con la muerte, y en este sentido nos dice Lacan: “*la única prueba de libertad que pueda darse (es) justamente elegir la muerte, pues así se demuestra que no (se) tiene la libertad de elegir*”.¹⁰

De esta manera sólo incluyendo la muerte, podríamos llegar a darnos una vida.

⁹ George-Henri Melenotte, La iluminación: Una inmediatez silenciosa, Trad. Graciela Leguizamón, revista *ñácate*, Montevideo, 2016. Disponible en: <http://www.revistanacate.com/articulos/la-iluminacion-una-inmediatez-silenciosa-g-h-melenotte-2016/>

¹⁰ J. Lacan, *Los fundamentos del psicoanálisis*, texto establecido por J. Alain Miller, Bs.As., Paidós.

“O la bolsa o la vida” dirá Lacan, será preferible elegir la bolsa aún a riesgo de perder la vida, que vivir una vida alienada, cauta, sin intensidad.

Y en este punto donde la vida y la muerte se tocan, Foucault tenía una posición similar.

Foucault se pregunta: ¿Qué es una sublevación? Mientras presencia en Irán una revuelta popular contra el régimen del Sha. Donde la población desarmada y en forma espontánea se levantaba contra la opresión del régimen dictatorial.

“*¿Qué es lo que tiene lugar, dice Foucault, cuando es preferible arriesgarse a la muerte antes que morir a fuego lento (prolongando una vida sin vida)?*”¹¹

Al parecer Foucault le habría dicho a su compañero antes de partir: *prefiero morir antes que morir*, dejando expresada su voluntad de que si lo tomaban como rehén no iba a querer ninguna negociación con el terrorismo. Pero si de sublevarse se trata, recordemos esta conocida frase del Che, *prefiero morir de pie, que vivir de rodillas*, es decir, antes que vivir sometido, atado a las cadenas del deseo del Otro.

8

De esa manera Foucault decía **no**, incluso a aquellos que pensando en su bien, irían en su ayuda.

No hay que ceder en nada era su posición, aunque implicara su propia muerte. Era una posición sublevada, loca, inexplicable. Un deseo puesto en acto de resistencia.

Es preferible “*morir sublevado en lugar de morir esclavo bajo la ley del amo. Morir libre en lugar de morir en el confort de sus cadenas*”.¹²

¹¹ J. Allouch, *No hay relación heterosexual*, op. cit.

¹² G.-H. Melenotte, *La locura como sublevación: una voluntad insurrecta contra el discurso psiquiátrico*, revista *ñácate*, Montevideo, 2016. Disponible en: <http://www.revistanacate.com/wp-content/uploads/2016/11/La-locura-como-sublevaci%C3%B3n.pdf>

Así la sublevación, es un acontecimiento que hace que la vida de alguien tenga un curso diferente, un giro inesperado.

Y es algo que no tiene explicación, que implica cierta irracionalidad, sería un acto loco, porque el deseo encierra cierta locura.

La sublevación se levanta contra el poder del Otro, no responde a una ideología, no es algo programado sino que surge de la sorpresa, es producto del instante. Irrumpe del sinsentido, como un acontecimiento.

Si bien en Foucault la sublevación está pensada en el terreno socio-político, Allouch la lleva al campo analítico. Estar disponible en el análisis para posibilitar la emergencia del deseo en tanto sublevación, es un desafío y una posición ética a sostener por el analista.

Pensamos en cambio, que las posturas patologizantes o aquellas basadas en la moral del deber ser, obturarían la posibilidad de emergencia de esa libertad del otro, del analizante.

9

Pero la sublevación puede surgir en todas partes, “*en la vida de cada uno, contra la familia, [...] en nuestra vida profesional, en nuestra pareja, en nuestra fe, en nuestras convicciones políticas.*”¹³

Podemos evocar así, la escena final del film *Teorema* de Pasolini, (1968), cuando el burgués dueño de una fábrica y padre de familia, renuncia a la vida que tenía, para irse caminando sólo en el desierto, con los brazos abiertos, despojado de todo, en un gesto libre, en un acto loco y sublevado, en un instante de mutación subjetiva.

Transformación subjetiva que se daría cuando se produce un levantamiento contra el poder del Otro. Para barrar al gran Otro, para dejarlo caer.

¹³ Idem.

Así el *troumatismo* como experiencia espiritual revelaría el agujero en el Otro, lo que generaría a la vez un efecto de commoción, una transformación.

A diferencia del trauma que produciría síntomas, el *troumatismo*, liberaría al sujeto de los mismos, ya que lo libera de las ataduras del goce del Otro, porque el Otro nos goza en el síntoma, pensemos sino en los mandatos super-yoicos, o en la injerencia divina trastocando la erótica de Schreber, en las distintas maneras en las que el goce del Otro obtura y perturba el camino, de aquel que se conduce hacia su libertad.

Por esa razón captar en un instante esa inexistencia del Otro, le abriría las puertas al sujeto hacia su libertad. Al ejercicio en acto de su deseo. Para Foucault la sublevación implica un sujeto en la pureza de su acto, por esa razón Allouch asimilaría la sublevación al deseo y la libertad a la locura, teniendo ésta el carácter de una fuerza inexplicable.

¿Pero cómo podría el analista con su intervención, ir al encuentro de la libertad del analizante?

10

Dirigirse a la libertad del otro dice Allouch, no sería otra cosa que aquello que Lacan señaló con un nuevo neologismo: *Descaridar* (*Déchariter*).

De esta forma el analista a diferencia del pastor, “descarida”.

Descaridar, es ir en contra de la caridad, es querer y a la vez des-querer (ya que *chérir* significa *querer*).

Es ofrecerse como objeto de desecho, cavar en su ser, para dejarse caer en el des-ser del agujero, de esa manera el analista no detendría al sujeto en el avance hacia su libertad.

Así según Allouch, una intervención analítica sólo es reconocida como tal, cuando el analista en cada acto, suspendiendo su saber, deja al analizante, hasta el término mismo del análisis sin explicación. Es decir en un punto de desconocimiento, enfrentado a un no-saber, a un saber no-todo, en el borde abismal de lo imposible, donde tal vez en el sujeto algo del orden de la soledad se pone en juego.

El analista así aporta con su no-saber y con su falta de respuesta, su propio agujero, algo de su sola libertad. Dejándolo al sujeto en un no-todo, dividido, conducido por un saber no sabido.

El analista así cava su fosa en cada intervención, para dejar al descubierto la falta, dejando al sujeto en el umbral de lo real, allí donde no habría nada, donde no habría nada más que un agujero al descubierto. Para que pueda saltar en su caída libre y al caer en ese acto se *realice, se realice* en tanto sujeto, con el riesgo que eso implica, ya que se arroja en el vacío del desconocimiento, sin garantías de su acto, sin Otro del Otro.

¿El ejercicio de la libertad, sería entonces, el ejercicio inmanente del deseo puesto en acto? Es decir, un deseo jugado allí en el instante mismo de lo que acontece, donde ya no habría lugar para el deseo postergado, procrastinado en tanto imposible, ni tampoco suspendido de su realización, como sería el caso del deseo insatisfecho.

11

¿Y así, el sujeto enfrentado al verdadero agujero, quedaría al borde mismo de la satisfacción? ¿En este sentido, la caída del Otro en un fin de análisis, dejaría al sujeto en una posición de intensidad erótica, de intensificación de sus placeres?

Por último, consideramos que habría aquí planteada una reformulación del sujeto, no siendo éste, producido únicamente por el efecto del significante, (como se lo considera en su acepción clásica), sino un sujeto producido por el efecto del encuentro con el real, al toparse con la castración del Otro, con el límite infranqueable de su inexistencia, allí donde no habría lugar para la relación heterosexual.

Allouch a mi entender, revertiría además la afirmación de Lacan, considerando al deseo, ya no como el deseo del Otro, sino en cambio, surgido de la inexistencia del Otro.

Troumatismo y libertad, morir por darse una vida, rendirse ante el imperio del deseo, ir al encuentro de esa fuerza inquebrantable que nos llama.

Incautos de sí mismos, echar a andar, la inexplicable insurrección que nos habita.